



LO IRREAL

Y LO REAL

RELATOS SELECCIONADOS

URSULA

K. LE GUIN

Las historias de Ursula K. Le Guin han dado forma al modo en que muchos lectores perciben el mundo. Han ayudado a dar voz a los que no la tienen, a otorgar esperanza a los marginados y a decir la verdad al poder. Manteniendo siempre su independencia y sentido del humor, ha demostrado ser una de las mejores escritoras de todos los tiempos.

En «Lo Irreal y lo Real» la propia autora selecciona algunos de sus mejores relatos, que recorren todo el espectro que va de la ficción al realismo pasando por el realismo mágico, la sátira, la ciencia ficción, el surrealismo y la fantasía. Ella misma presenta estos relatos cuidadosamente escogidos en las introducciones escritas en exclusiva para este volumen recopilatorio.

«Nadie, por buenas razones, ha sido capaz de decir exactamente dónde comienza y termina la “fantasía”. Es inmensamente más grande que la categoría comercial actual de libros etiquetados como Fantasía. No puede limitarse a “lo imposible”, “magia” o “lo sobrenatural”. Los orígenes de la literatura fantástica se pierden de vista porque es mundial, y si se incluyen en ella mitos y leyendas, es muy anterior a la historia y la alfabetización. Es permanente, y próspera, porque es infinitamente adaptable.[...] No es mi trabajo como escritora facilitarle la vida a nadie. Incluyéndome a mí». (De la Introducción de Ursula K. Le Guin).

PRIMERA PARTE

Dónde en la tierra

Introducción

Elegir y dividir

Le rogué a la gente –editores, amigos, primos terceros año lejanos– que me ayudara a seleccionar historias para esta colección, pero nadie quería. Así que todo el mérito de las buenas decisiones y toda la culpa de las malas son míos. Si hay algo que esperaba encontrar aquí y no está, lo siento. Tuve que omitir muchas historias, porque he escrito muchas.

La primera forma que encontré de reducir la masa a un tamaño manejable fue limitarla a los relatos breves. Nada de novelas cortas, a pesar de que es mi forma de relato favorita, una longitud encantadora, en la que puedes hacer casi lo que hace una novela sin usar todas esas palabras. Pero cada novela corta desplazaría tres, cuatro, cinco cuentos. Así que todas tuvieron que ser excluidas, entre lágrimas.

Todavía había demasiados relatos, así que tuve que hacer restricciones arbitrarias. Evité sobre todo las historias estrechamente ligadas a las novelas, ambientadas en Gueden o Anarres, etc., y las que forman parte integral de los conjuntos de historias, donde las piezas están unidas por personajes, escenario y cronología, formando un todo casi

novelístico. Pero «El león de May» está muy relacionado con *El eterno regreso a casa*, y tres de los relatos de *Cuentos de Orsinia* forman una especie de suite suelta de muchas décadas... Ah, bueno. La consistencia es una virtud hasta que se vuelve molesta.

Así que allí estaba yo con suficientes historias, todavía, para hacer un libro del tamaño del *Diccionario Oxford* abreviado. Por lo tanto, desarrollé criterios en extremo científicos y metódicos para mis elecciones.

El primer criterio fue: ¿me gusta la historia?

La respuesta era casi invariablemente afirmativa, por lo que no fue un gran criterio. Lo refiné: ¿de verdad me gusta mucho la historia? Eso funcionó mejor. Dio como resultado un montón de historias que me gustaron mucho.

Luego me decanté por el siguiente criterio: ¿cómo de bien combinaría esta historia con todas las demás? Algo que fue muy difícil de aplicar, pero que eliminó algunas. Y para entonces había aparecido un nuevo principio de selección como una pregunta: ¿debería incluir una historia en esta colección porque creo que ha sido eclipsada, ha recibido menos atención de la que tal vez merecía?

Es una decisión complicada. La suerte, la moda, los premios literarios y otros factores incontrolables influyen en si una historia se hace notar y cuándo. La única certeza es que, cuanto más a menudo se reimprime, más a menudo se reimprime. La familiaridad vende. «Nueve vidas» se volvió a publicar con más frecuencia que cualquiera de mis otras historias durante años, hasta que «Quienes se alejan de Omelas» (después de un comienzo lento a pesar de ganar el Premio Hugo) tomó una ventaja útil y sigue galopando felizmente como el caballo ganador Sea-biscuit.

Decidí incluir algunas historias en parte porque quería llevarlas de nuevo a la luz. La mayoría de ellas, pero no todas, se encuentran en este primer volumen.

Y aquí llegamos a la siguiente elección que necesitaba hacer, una vez escogidas todas las historias que quería en

la colección. Debían ir en dos partes. ¿Cómo tenía que dividir las?

Al principio pensé que simplemente debería ponerlas en orden cronológico tal como habían sido escritas. Probé así y no me gustó el efecto. Terminé clasificándolas en las dos partes que llamo «Dónde en la Tierra» y «Espacio exterior, tierras interiores».

Creo que los dos títulos son bastante descriptivos y no necesitan más explicaciones. Algunas personas identificarán la primera parte como «mundana» y la segunda como «ciencia ficción», pero se equivocarán. Todas las historias de ciencia ficción están en la segunda parte, pero no todas las historias de la segunda parte son de ciencia ficción por definición. Hablaré más sobre todo eso en la introducción de la segunda parte. Averigüemos ahora a dónde diablos vamos.

Las historias de este volumen

Cuando era estudiante de segundo año en la universidad, encontré, descubrí o inventé un país en Europa Central llamado Orsinia. Orsinia me dio una entrada a la ficción. Me dio el suelo, el espacio que necesitaba. Había estado escribiendo historias realistas (burguesas de Estados Unidos, 1948) porque realismo era lo que se suponía que un escritor serio debía escribir bajo el dominio del modernismo, que había decretado que la ficción no realista, si no un mero juego de niños, era basura.

Yo era una escritora joven muy seria. Nunca tuve nada en contra de las novelas realistas y amé muchas de ellas. No tengo una mentalidad teórica y ni siquiera traté de cuestionar o discutir este empobrecimiento arbitrario de la literatura. Pero pronto me di cuenta de que el terreno que ofrecía a mi talento particular era pequeño y pedregoso. Tenía que encontrar mi propio camino en otra parte.

Orsinia fue el camino, situado entre la actualidad, que se suponía que era el único tema de la ficción, y los reinos ilimitados de la imaginación. Encontré el país, dibujé el mapa, escribí historias sobre él, escribí dos novelas sobre él, una de las cuales se publicó más tarde con el título de *Malafrena*, y lo revisé felizmente de vez en cuando durante muchos años. Las primeras cuatro historias de este volumen son cuentos de Orsinia, y la primera de ellas, «Hermanos y hermanas», fue la primera historia que escribí que sabía que era buena, que estaba bien, que era lo más cerca que podía llegar. Por aquel entonces yo tenía veintitantos años.

Desde el relato «Las llaves del aire», escrito en 1990, no he tenido noticias de Orsinia. Echo de menos oír cosas de mi gente de allí.

No creo que «El diario de la Rosa» tenga lugar en Orsinia, me parece que más bien en Sudamérica, pero el protagonista tiene un nombre propio de Orsinia.

A principios de los años sesenta, cuando finalmente comenzaron a publicarme historias, estaba bastante segura de que la realidad a menudo se representaba mejor de manera oblicua, del revés o como si fuera un país imaginario, y también que podía escribir sobre cualquier lugar y cualquier cosa que quisiera, con esperanzas aunque sin ninguna expectativa de que alguien, en algún lugar, lo publicara.

Incluso podría escribir realismo, si quisiera.

Los relatos «*Mensajes*», «*Sonámbulos*» y «*Mano, copa, concha*» son de la colección *Searoad*, y tienen lugar en el actual Oregón, en una ciudad costera disfrazada a medias que llamo Klatsand. El protagonista de «*La dirección del camino*» aún vive al lado de la autopista 18, cerca de McMinnville, en Oregón. «*Chicas Búfalo*» se desarrolla en el desierto alto del este de Oregón. «*Ether, OR*» se mueve entre el lado este seco y el lado oeste verde del estado de una manera pacífica, improbable y corriente que creo que

es algo que aprendí viviendo en Oregón durante cincuenta años.

«*El burro blanco*» parece estar en una India soñada y «*El arpa de Gwilan*», en algún lugar a lo largo de las fronteras de una Gales de fantasía. La ubicación espacial de historias como «*El mar es inmenso*» o «*Los niños perdidos*» es irrelevante, aparte de que ocurren en Estados Unidos: reflejos de un momento en la vida estadounidense. «*El león de May*» está ambientada en el valle de Napa de California, donde pasé los veranos eternos de mi infancia, y «*Las cuatro y media*» se desarrolla sobre todo en Berkeley, donde crecí.

«*Las cuatro y media*» es puro realismo, pero de una forma algo inusual. En un taller de escritura de un día en San José, el profesor de poesía y yo intercambiamos clases después del almuerzo: él consiguió a mis escritores de ficción y les hizo escribir poemas, y yo obtuve a sus poetas, a quienes se suponía que debía enseñar a escribir cuentos. Montaron un gran alboroto; los poetas siempre lo hacen. ¡No, no, soy un poeta y no puedo contar historias! Les dije que sí podían. «Os daré los nombres de cuatro personas y os diré su estado relativo; y las pondréis juntas en un lugar específico, las observaréis un rato y veréis que su relación os da el comienzo de una historia». (Me inventé todo esto en el acto). Los cuatro nombres de personajes que les di fueron: Stephen, un hombre mayor en una posición de poder o autoridad relativa; Ann, joven, sin autoridad; Ella, mayor, sin mucha autoridad, y Todd, joven o muy joven, sin ninguna autoridad.

Una valiente poeta se fue a casa y cumplió la tarea; me envió su relato y era bueno. Volví a casa y realicé la tarea ocho veces, usando esos mismos cuatro nombres (más algunos extra, como Marie y Bill). Se lo envié a *The New Yorker*. Fueron buenos y publicaron la pieza. Los comentarios que obtuve mostraron que muchos lectores se esforzaron por convertir a los ocho Stephens en un Stephen, a las

ocho Ellas en una Ella. No se puede hacer. Las ocho historias breves de «Las cuatro y media» incluyen alrededor de treinta y dos personas diferentes, treinta y dos personajes diferentes, además de Marie y Bill a veces. Las ocho historias tienen que ver con el poder, la identidad y las relaciones; ciertos temas e imágenes se repiten en ellas y se entrelazan, y todas tienen lugar alrededor de las cuatro y media de la tarde. Todavía estoy satisfecha de mi tarea.

Ursula K. Le Guin, agosto de 2012

Hermanos y hermanas

El cantero herido yacía en una cama alta de hospital. No había recobrado la conciencia. Su silencio era grandioso y opresivo; el cuerpo estaba bajo una sábana que caía en rígidos pliegues, y su rostro se mostraba tan imperturbable como una piedra. La madre, como si se sintiera desafiada por ese silencio e indiferencia, habló en voz alta:

—¿Por qué lo hiciste? ¿Es que quieres morir antes que yo? ¡Miradlo, miradlo, mi hermosura, mi halcón, mi río, mi hijo!

Su dolor era jactancioso en sí mismo. Aprovechaba la ocasión como el ratón una migaja de queso. El silencio del hijo y los lamentos de la madre significaban lo mismo: que lo insoportable era bienvenido. El hijo menor se quedó de pie, escuchando. Lo hundían con aquel dolor tan grande como la vida. Inconsciente, sin ser capaz de oír nada, roto como un pedazo de tiza, ese cuerpo, su hermano, lo hundía con el peso de la carne, y quería huir para salvarse.

El hombre al que había salvado estaba a su lado, un tipo pequeño encorvado, de mediana edad, con el polvo de piedra caliza blanca incrustado en los nudillos. Él también estaba hundido.

—Me salvó la vida —le dijo a Stefan, algo aturdido, en busca de una explicación. Su voz era la voz monocorde de los sordos.

—Sí, es lo que él haría —contestó Stefan—. Es lo que haría.

Salió del hospital para almorzar. Todo el mundo le preguntó por su hermano.

–Vivirá –respondía Stefan.

Fue al León Blanco para almorzar y bebió demasiado.

–¿Lisiado? ¿Él? ¿Kostant? Vale que le cayeron un par de toneladas de piedra en la cara, pero eso no le hará daño, está hecho del mismo material. No nació, lo sacaron de una cantera. –Se rieron de él, como de costumbre–. Sacado de la cantera. Como a todos vosotros.

Salió del León Blanco, bajó por la calle Ardure, cuatro manzanas en dirección a las afueras del pueblo y siguió recto, en paralelo a las vías del tren, caminando hacia el nordeste medio kilómetro. El sol de mayo brillaba pequeño y grisáceo en lo alto. Bajo los pies había polvo y pequeñas malezas. El karst, la llanura de piedra caliza, se movía con temblores diminutos a su alrededor por las oleadas de calor parecidas a las transparentes alas vibrantes de las moscas. Remotas y pequeñas, rígidas más allá de esa vibrante neblina grisácea, se alzaban las montañas. Había conocido las montañas desde lejos toda su vida, y dos veces las había visto de cerca, cuando tomó el tren a Brailava, una vez de ida, otra a la vuelta. Sabía que estaban cubiertas de árboles, de abetos con raíces que se aferraban a las orillas de los arroyos y con ramas oscuras en la niebla que se cerraba y se abría en los barrancos de la montaña bajo la luz del amanecer mientras el tren pasaba ruidosamente, bajando por las pendientes verdes como un velo que cae. Allí en las montañas, los arroyos corrían ruidosos a la luz del sol; había cascadas. Aquí en el karst los ríos eran subterráneos, silenciosos en las venas oscuras de piedra. Podías ir a caballo todo el día desde Sfaroy Kampe y aun así no llegar a ver las montañas, todavía estarías en el polvo de piedra caliza; pero al final del segundo día llegarías a la sombra de los árboles, al lado de los arroyos. Stefan Fabbre se sentó al lado del camino recto e irreal por el que había estado caminando y hundió la ca-

beza entre los brazos. Solo, a kilómetro y medio del pueblo, a medio kilómetro de las vías, a cien kilómetros de las montañas, se sentó y lloró por su hermano. La llanura de polvo y piedra se estremeció y torció el gesto a su alrededor bajo el calor, como el rostro de un hombre que sufre.

Regresó una hora más tarde del almuerzo a la oficina de la Compañía Chorin, donde trabajaba como contable. Su jefe se acercó a su escritorio.

—Fabbre, no tienes por qué quedarte esta tarde.

—¿Por qué no?

—Bueno, si quieres ir al hospital...

—¿Qué puedo hacer allí? No puedo coserlo y recomponerlo, ¿verdad?

—Como quieras —le contestó el jefe, y se marchó.

—No soy yo quien tiene un montón de piedras en la cara, ¿verdad?

Nadie le respondió. Cuando Kostant Fabbre cayó herido en el desprendimiento de rocas en la cantera tenía veintiséis años; su hermano tenía veintitrés; su hermana Rosana tenía trece. Empezaba a crecer alta y a ser cada vez más hosca, a dejar su peso sobre la tierra. Ahora, en vez de correr, caminaba, desgarrada y algo encorvada, como si a cada paso cruzara, sin querer, un umbral. Hablaba en voz alta, y se reía con fuerza. Respondía de forma agresiva a cualquier cosa que la tocara, una voz, una ráfaga de viento, una palabra que no entendiera, a la estrella de la tarde. No había aprendido la indiferencia, solo conocía el desafío. Por lo general, ella y Stefan se peleaban, tocándose el uno al otro donde cada uno estaba en carne viva. Esa noche, cuando llegó a casa, la madre no había vuelto del hospital y Rosana estaba en silencio en la casa en silencio. Había estado pensando toda la tarde sobre el dolor, sobre el dolor y la muerte; el desafío le había fallado.

—No te desanimes —le dijo Stefan mientras le servía las alubias de la cena—. Se pondrá bien.

—¿Crees que...? Alguien comentaba que podría quedar, ya sabes...

—¿Lisiado? No, se pondrá bien.

—¿Por qué crees que él..., ya sabes, corrió para empujar a ese tipo y apartarlo?

—No hay un motivo, Ros. Simplemente lo hizo.

Lo conmovió que le hiciera esas preguntas, y lo sorprendió la certeza de sus propias respuestas. No había pensado que tuviera respuestas.

—Es extraño —dijo.

—¿Qué?

—No sé. Kostant...

—Derribó la piedra angular de su arco, ¿verdad? ¡Bam! Una roca cae, todas caen.

Ella no lo entendió; no reconoció el lugar al que había llegado hoy, un lugar donde era como otras personas, donde compartía con los demás la singular catástrofe de estar viva. Stefan no era quien la podía guiar.

—Aquí estamos todos —siguió diciendo—. Cada uno de nosotros derribado bajo nuestra propia pila de rocas. Al menos, a Kostant lo sacaron de debajo de la suya y lo llenaron de morfina... ¿Te acuerdas una vez, cuando eras pequeña, cuando dijiste «cuando sea mayor me casaré con Kostant»?

Rosana asintió.

—Claro. Y se enfadó mucho.

—Porque mamá se echó a reír.

—Fue porque tú y papá fuisteis los que os echasteis a reír.

Ninguno de los dos comía. La habitación estaba cerrada y oscura más allá de la luz de la lámpara de queroseno.

—¿Cómo fue cuando murió papá?

—Estabas allí —le contestó Stefan.

—Tenía nueve años. Pero no lo recuerdo. Excepto que hacía calor, como ahora, y que había muchas polillas gran-

des estrellándose contra el cristal. ¿Fue la noche en que murió?

—Supongo que sí.

—¿Cómo fue?

Rosana trataba de explorar esa nueva tierra.

—No lo sé. Simplemente se murió. No se parece a nada más.

El padre había muerto de neumonía a los cuarenta y seis años, después de treinta años en las canteras. Stefan no recordaba su muerte con mucha más claridad que Rosana. No había sido la piedra angular del arco.

—¿Tenemos algo de fruta para comer?

La chica no le respondió. Estaba mirando el aire por encima del lugar en la mesa donde solía sentarse el hermano mayor. Su frente y las cejas oscuras eran como las de él, eran las de él: la semejanza entre parientes es identidad, el hermano y la hermana eran, por tanto o por tan poco, la curva de la frente y la sien, la misma persona; de modo que, por un momento, Kostant estuvo sentado al otro lado de la mesa en silencio, contemplando su propia ausencia.

—¿Hay fruta?

—Creo que hay algunas manzanas en la despensa —respondió volviendo a la realidad, pero con tanta tranquilidad que a los ojos de su hermano pareció brevemente una mujer, una mujer apacible que hablara pensativa, y le habló con ternura a esa mujer:

—Venga, vamos al hospital. Deben de haber terminado con él a estas alturas.

El sordo había vuelto al hospital. Su hija estaba con él. Stefan sabía que la muchacha trabajaba en la carnicería. El sordo, al que no le permitían la entrada a la sala de enfermos, retuvo a Stefan media hora en la calurosa sala de espera de suelo de pino que olía a desinfectante y a resina. Hablaba mientras caminaba, al sentarse, al levantarse de

un salto, sin dejar de discutir en la voz alta aunque monótona de su sordera.

—No voy a volver al pozo. No señor. ¿Y si hubiera dicho anoche que no iba a volver a ir al pozo? Entonces, ¿qué habría pasado, eh? Pues que yo no estaría aquí ahora, ni tú ni tú ni él estaría, el de ahí dentro, tu hermano. Estaríamos todos en casa. De vuelta a casa sanos y salvos, ¿verdad? No vuelvo al pozo. No, por Dios. Me voy a ir a la granja, ahí es adonde me voy. Me crie allí, mira, al oeste en las colinas de allí, mi hermano está ahí. Volveré y trabajaré en la granja con él. Yo no vuelvo al pozo.

La hija se quedó sentada en el banco de madera, erguida e inmóvil. Tenía el rostro estrecho, y llevaba el cabello negro recogido en un moño.

—¿No tienes calor? —le preguntó Stefan, y ella respondió con gravedad.

—No, estoy bien.

Hablaba con voz clara. Estaba acostumbrada a hablar con su padre sordo. Como Stefan no dijo nada más, volvió a bajar la mirada y siguió sentada con las manos en el regazo. El padre seguía hablando. Stefan se pasó las manos a través del cabello sudado y trató de interrumpirlo.

—Bueno, a mí me suena a un buen plan, Sachik. ¿Por qué desperdiciar el resto de tu vida en los pozos?

El sordo siguió hablando.

—No te oye.

—¿No te lo puedes llevar a casa?

—No pude hacer que se marchara ni siquiera para el almuerzo. No deja de hablar.

Lo dijo en voz mucho más baja, tal vez por vergüenza, y el sonido le llamó la atención a Stefan. Volvió a frotarse el pelo sudoroso y la miró fijamente, pensando por alguna razón en humo, en cascadas y en montañas.

—Vete a casa. —Notó en su voz las cualidades propias de ella: suavidad y claridad—. Lo llevaré al León durante una hora.